3 Dos cuentos con DESEOS



Ministerio de Educación

Buenos Aires Ciudad

3 Dos cuentos con DESEOS

Jefe de Gobierno
Jorge Macri

Ministra de Educación
Mercedes Miguel

Jefa de Gabinete
Lorena Aguirregomezcorta

Subsecretario de Planeamiento e Innovación Educativa
Oscar Mauricio Ghillione

Subsecretaria de Gestión del Aprendizaje
Ines Cruzalegui

Subsecretario de Gestión Económico Financiera y Administración de Recursos
Ignacio José Curti

Subsecretario de Tecnología Educativa
Ignacio Manuel Sanguinetti

Directora de la Unidad de Evaluación Integral de la Calidad y Equidad Educativa
Samanta Bonelli

Directora General de Educación de Gestión Estatal
Nancy Sorfo

Directora General de Educación de Gestión Privada
Nora Lima

Dos cuentos con 3 deseos
Adaptación de "Aladino y la lámpara maravillosa": Jimena Dib
Adaptación de "La pata de mono": Analía Klinger, Carla Germano y María Forteza

Edición: Ramón Paez
Diseño de tapa: Silvana Carretero, María Laura Raptis
Diseño y diagramación: Silvana Carretero
Ilustraciones de "Aladino y la lámpara maravillosa" extraídas de Freepik.
Ilustraciones de "La pata de mono": Pez
Corrección: Sebastián Vargas

Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Dos cuentos con 3 deseos. - 1a edición para el alumno - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2025.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-818-145-5

1. Antología Literaria. 2. Educación Primaria. I. Título
CDD 371

Se autoriza la reproducción y difusión de este material para fines educativos u otros fines no comerciales, siempre que se especifique claramente la fuente. Se prohíbe la reproducción de este material para venta u otros fines comerciales.

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires / Ministerio de Educación / Subsecretaría de Planeamiento e Innovación Educativa / Gerencia Operativa de Innovación y Contenidos Educativos, 2025. Carlos H. Perette 750 – C1063 – Barrio 31 - Retiro - Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Distribución gratuita. Prohibida su venta.

© Copyright © 2025 Adobe Systems Software. Todos los derechos reservados. Adobe, el logo de Adobe, Acrobat y el logo de Acrobat son marcas registradas de Adobe Systems Incorporated.

Este libro pertenece a:

Índice

Prólogo 7

Aladino y la lámpara maravillosa 10
Cuento tradicional (adaptación de Jimena Dib).

La pata de mono 20
de W. W. Jacob (adaptación de Analía Klinger,
Carla Germano y María Forteza).

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Prólogo

En esta antología van a explorar un tema fascinante y lleno de misterio: el motivo de los tres deseos. A través de los cuentos "La pata de mono", de W.W. Jacobs, y "Aladino y la lámpara maravillosa", uno de los relatos más conocidos de *Las mil y una noches*, van a conocer historias en las que los protagonistas tienen la oportunidad de pedir tres deseos. Sin embargo, lo que podría parecer una ventaja mágica no siempre trae los resultados esperados.

El motivo literario es un elemento que se repite en distintas historias, como una melodía en una canción que vuelve una y otra vez, con variantes, a lo largo de una obra. En este caso, el motivo de los tres deseos aparece en muchas culturas y cuentos, y se repite en estos relatos, conectándolos de manera especial. Los dos cuentos de esta antología pertenecen a épocas y lugares diferentes: *Las mil y una noches* fue recopilado hace siglos en el mundo árabe y contiene relatos

con raíces orales; en cambio, “La pata de mono” fue escrita en 1902, en Inglaterra, para una audiencia moderna y más escéptica. Ambos cuentos abordan los deseos con resultados muy distintos. Como señala Bioy Casares (1965) sobre el cuento de Jacobs:

“Después del cuento, no continúa el poder del talismán (era conceder tres deseos a tres personas y el cuento refiere lo que sucedió a quienes pidieron los últimos tres deseos). Tal vez lleguemos a encontrar la pata de mono —Jacobs no la destruye— pero no podremos utilizarla.”[1]

A través de estos relatos, van a conocer un motivo literario que ha cautivado a lectores de todas las épocas: el de los tres deseos. Este tema aparece en distintas culturas y obras, y cada vez que se presenta ofrece nuevas formas de explorarlo. Así, leer estos cuentos les permitirá descubrir cómo los autores usan el motivo de los deseos para hablar de la ambición, el destino y las consecuencias inesperadas de obtener lo que se anhela. Al adentrarse en estas historias, podrán advertir cómo, a través de estas repeticiones y variaciones, se enriquece su experiencia como lectores.

En el libro de *Las mil y una noches*, la narradora y protagonista, la princesa Scherezade, decide

1 Bioy Casares, Adolfo (1965). *Prólogo. Antología de la literatura fantástica.* Buenos Aires: Sudamericana. Pag. 12.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

contarle historias maravillosas al rey Shariar y así salvar su vida. Para que el rey se entusiasme con los relatos, durante mil y una noches la princesa comienza un cuento, lo interrumpe antes del amanecer y promete terminarlo la noche siguiente. Finalmente, después de mil noches y una, el sultán le propone casamiento, Scherezade acepta y viven felices hasta el fin de sus días.

Las historias que cuenta Scherezade son muy diferentes, incluyen cuentos, historias de amor, tragedias, comedias, poemas y leyendas. Las más famosas son “Aladino y la lámpara maravillosa”, “Simbad, el marino”, “Alí Baba y los cuarenta ladrones”, entre otras. Aparecen genios, espíritus fantásticos, magos y lugares legendarios que se mezclan con personas y espacios reales de Oriente Medio como Irán, Irak y Afganistán.

En esta antología presentamos una versión de una de estas historias: “Aladino y la lámpara maravillosa”.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Aladino y la lámpara maravillosa

Hace mucho, mucho tiempo, en una ciudad remota de la China, vivía la viuda del sastre Mustafá con su hijo Aladino. El joven no había aprendido el oficio de su padre y prefería vagar por el pueblo junto a sus amigos. La madre apenas podía mantener a su hijo hilando a pedido para los vendedores del zoco.

Un día entre los días, estando Aladino a la entrada del mercado del barrio, sin ocuparse más que de jugar con sus amigos, se le acercó un extranjero y ofreciéndole una moneda de plata le dijo:

—Necesito que me acompañes a descubrir cosas extraordinarias y desconocidas. Cuando las hayas encontrado me agradecerás por haberte mostrado maravillas que nadie en el mundo ha visto.

Aladino, que era un muchacho valiente y atrevido, se alegró de que le pagaran por realizar una aventura tan singular y acompañó al extraño hombre sin preguntar más.

El extranjero y Aladino se alejaron de la aldea en dirección al bosque, donde el muchacho iba a jugar con frecuencia. Después de andar un rato, se detuvieron delante de una estrecha entrada que conducía a una misteriosa cueva.

—¡No recuerdo haber visto esta cueva! —exclamó el joven—. ¿Siempre ha estado ahí?

El extranjero, sin responder a su pregunta, le dijo:

—Quiero que entres por esta abertura y me traigas mi vieja lámpara de aceite. Lo haría yo mismo si la entrada no fuera demasiado pequeña para mí.

Antes de entrar, el extranjero le dijo con un tono de voz que alarmó a Aladino:

—No toques nada de lo que veas, ve directamente adonde se encuentra la lámpara y tráemela.

Por un momento, Aladino pensó en huir, pero cambió de idea al recordar la moneda de plata y toda la comida que su madre podría comprar con ella.

—No se preocupe, le traeré su lámpara —dijo Aladino mientras se deslizaba por la abertura.

La cueva maravillosa se dividía en tres habitaciones: una era un jardín de árboles dorados con extraños frutos de colores brillantes, otra estaba repleta de monedas de oro y en la tercera estaba la lámpara de aceite.

Aladino recorrió la cueva, tomó la lámpara y, antes de salir, decidió llevarse algunos frutos de

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

aquellos árboles. Tomó los que le parecieron más luminosos, pues pensaba que sus amigos se podrían divertir jugando con ellos. El joven, que no estaba acostumbrado a las riquezas, no sabía que se estaba llevando enormes piedras preciosas: esmeraldas, zafiros, ópalos, rubíes y diamantes, capaces de despertar la envidia y admiración de reyes o sultanes.

Afuera, el extranjero se enfureció por la tardanza del muchacho y le gritaba de manera aterradora que le trajera la lámpara inmediatamente. Aladino necesitaba que lo ayudaran a salir de la cueva, porque las piedras preciosas que llevaba le pesaban mucho. Pero el hombre deseaba tomar la lámpara y dejar al muchacho encerrado adentro.

Como Aladino no quiso darle la lámpara, el hombre lo empujó hacia el interior de la cueva. Pronunció unas extrañas palabras y una piedra enorme rodó por sí sola y cubrió la entrada. El extranjero se fue pensando en volver de noche y recuperar su tesoro.

Aladino se quedó solo en la cueva oscura y temió no salir jamás. Comprendía que el extranjero era un mago que lo había atrapado con su magia. Una terrible tristeza se apoderó del joven, que comenzó a llorar mientras sujetaba en sus manos la vieja y sucia lámpara. Las lágrimas y las manos de Aladino rozaron la lámpara y de pronto comenzó a salir de esta un humo gris y una luz rosada. El humo se hizo sombra

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

y la luz se transformó en el cuerpo de un espantoso efrit que se inclinó ante el joven y le dijo con voz ensordecedora:

—¡Aquí tienes entre tus manos a tu esclavo! ¿Qué quieres? Habla. ¡Soy el servidor de la lámpara en el aire por donde vuelo y en la tierra por donde me arrastro!

Aladino le rogó que lo llevara a la casa con su madre y en un segundo el muchacho se encontró ante ella. Al verla, emocionado, le contó todo lo que le había sucedido, desde el principio hasta el fin, incluso los tesoros que se había llevado de la cueva, los gritos del mago y la aparición del extraño efrit, sin omitir un solo detalle.

La madre había oído hablar de los efrit, extraños seres que algunos llaman genios, y le dijo a su hijo que había sido salvado por el poder del "genio de la lámpara". Decidieron no aprovecharse de tan maravilloso poder, guardar todo lo que Aladino había encontrado dentro de la cueva y pedirle deseos al genio solo en caso de tener alguna necesidad. Antes de guardarla, la frotaron para pedirle al efrit un delicioso guiso de cordero acompañado de almendras y dátiles como postre, porque durante ese día no habían comido nada.

Este habría sido el fin de las aventuras de Aladino, si no hubiera sido por los encantos de una bella

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



joven que sin quererlo y sin saberlo hizo que todo el mundo conociera hasta dónde podían llegar los poderes de la lámpara.

Un día entre los días, cuando Aladino se dirigía al mercado, vio pasar a la hija del sultán. Una sola mirada le bastó para quedar locamente enamorado. La princesa tenía los ojos grandes, negros y brillantes, la nariz pequeña y los labios encarnados. Era alta y caminaba con un aire tan majestuoso que, con solo verla, se tenía por ella el respeto que merecía su nobleza.

Aladino corrió inmediatamente a su casa para contárselo a su madre y pedirle que lo ayudara a conquistarla. Sentía que los ojos primero y luego el cuerpo entero querían irse detrás de la princesa, sin pensar que el hijo de un sastre no podía mirar tan alto.

—¡Madre, este es el día más feliz de mi vida! Acabo de ver a la mujer con la que quiero casarme. Es la perla única, la maravillosa, la bienhechora, la hermosa Badrulbudur, hija del sultán.

Su madre sabía que por sus orígenes humildes sería muy difícil para Aladino lograr la mano de la princesa, pero no quiso entristecer a su hijo y aceptó ir a ver al sultán.

Como era costumbre en esos tiempos presentarse con un regalo para el soberano, decidieron que la madre llevaría las piedras preciosas que Aladino había confundido con frutos de vidrio. Ya habían averiguado

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

que eran un tesoro digno de reyes.

El sultán quedó muy impresionado por el regalo, pero no estaba dispuesto a entregar a su hija al primer desconocido que se la pidiera. Entonces, aconsejado por el visir, le pidió a la madre de Aladino que su hijo se presentara al día siguiente para pedir la mano de Badrulbudur acompañado de ochenta servidores ricamente vestidos y cuarenta caballos de pura sangre cargados con cuarenta cofres llenos de piedras preciosas.

La madre, preocupada, regresó a casa con el mensaje.

—¿Podremos conseguir todo lo que exige el sultán? —preguntó a su hijo.

—Le pediré al genio de la lámpara que me cumpla el tercer deseo —contestó el joven.

Aladino tomó la lámpara, la frotó en el lugar indicado y comenzó a salir de esta un humo gris y una luz rosada. El humo se hizo sombra y la luz se transformó en el cuerpo del espantoso efrit, que se inclinó ante el joven y le dijo con voz ensordecedora:

—¡Aquí tienes entre tus manos a tu esclavo! ¿Qué quieres? Habla. ¡Soy el servidor de la lámpara en el aire por donde vuelo y en la tierra por donde me arrastro!

El joven amo le pidió todo lo que le había exigido el sultán y además que construyera un majestuoso palacio cerca del castillo del sultán, como regalo

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

para su futura esposa.

Todos se admiraron de las riquezas del joven Aladino, quien llegó al palacio del sultán muy bien montado en un gran caballo negro. Y aunque era la primera vez que cabalgaba, nadie lo notó.

En la corte, algunos sospechaban del palacio construido de la noche a la mañana. Especialmente el visir, que quería que la princesa se casase con su hijo. Pero el sultán pensó que Aladino había construido el palacio tan rápido gracias a sus riquezas y para mostrarle que estaba decidido a casarse con Badrulbudur.

La joven también se enamoró de la gracia y elegancia de Aladino, y aceptó gustosa unirse a él en el hermoso palacio. El sultán se sentía orgulloso de su yerno y Badrulbudur estaba muy enamorada de su esposo, que era atento y generoso.

Algunos cuentan que, gracias a los tres deseos que le concedió el genio, Aladino vivió feliz con su bella esposa y llegó a ser sultán. Sin necesitar nunca más de los poderes del efrit.

Otros dicen que el mago regresó tiempo después y engañó a Badrulbudur para que le entregara la lámpara. Luego uso los deseos del genio para raptarla y convertirse en sultán. Pero Aladino lo derrotó con la ayuda de otro genio que vivía en un anillo y recuperó a su esposa.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



Aunque todos están de acuerdo en una cosa: Aladino y Badrulbudur vivieron felices, y cada vez que veían una vieja lámpara de aceite no podían evitar sonreír.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

La pata de mono

I

La noche era fría y húmeda, pero en la sala de aquella casa del pueblo de Laburnam, las persianas estaban bajas y el fuego ardía intensamente. Padre e hijo jugaban al ajedrez. El primero, que tenía ideas acerca del juego que incluían cambios drásticos, ponía al rey en situaciones de peligro tan desesperadas e inútiles que provocaban el comentario de la anciana de cabello blanco que tejía plácidamente cerca de la chimenea.

—Escuchen el viento —exclamó el señor White, que al advertir demasiado tarde un error fatal, intentó amablemente evitar que su hijo lo notara.

—Lo escucho —contestó Herbert, observando sonriente el tablero mientras estiraba la mano—. Jaque.

—No creo que venga esta noche —dijo el padre, con la mano preparada sobre el tablero.

—Mate —replicó el hijo.

—Eso es lo peor de vivir tan lejos —vociferó el señor White con una violencia repentina e inesperada—. De todos los lugares horribles, fangosos y aislados para vivir, este es el peor. El camino es un pantano y la carretera, un torrente. No sé qué piensa la gente. Supongo que como hay solo dos casas alquiladas, no les importa.

—No te preocupes, querido —dijo su esposa con dulzura—, tal vez ganes la próxima partida.

El señor White alzó la mirada de repente, justo a tiempo para interceptar la mirada cómplice entre madre e hijo. Las palabras del hombre se desvanecieron en los labios, y escondió una sonrisa culpable en su delicada barba gris.

—Ya está aquí —dijo Herbert White al oír el golpe del portón y los pasos fuertes que se acercaban a la puerta.

El anciano se levantó con apuro hospitalario y, mientras abría la puerta, se lo escuchó compadeciéndose ante el recién llegado.

Luego ingresó en la sala seguido por un hombre alto y fornido, con ojos redondos y brillantes y semblante rubicundo.

—Sargento mayor Morris —dijo presentándolo.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



El sargento mayor estrechó manos, aceptó la silla que le ofrecieron y observó con satisfacción cómo el anfitrión traía whisky, unos vasos y ponía una pequeña pava de cobre sobre el fuego.

Con el tercer vaso, los ojos se le pusieron más brillantes y comenzó a hablar. La familia miraba con interés al invitado, que se enderezó en la silla y comenzó a relatar extrañas escenas y hazañas sobre guerras y plagas y personas raras.

—Veintiún años han pasado —dijo el señor White dirigiéndose a su mujer y a su hijo—. Cuando se fue, era tan solo un muchacho en el depósito. Mírenlo ahora.

—No parecen haberle sentado tan mal —dijo la señora White con cortesía.

—Me gustaría viajar a la India —dijo el señor White— tan solo para conocer un poco, usted sabe.

—Mejor quedarse aquí —respondió el sargento mayor, negando con la cabeza.

Dejó el vaso vacío y, suspirando suavemente, movió la cabeza una vez más.

—Me gustaría ver aquellos antiguos templos y faquires y malabaristas —explicó el anciano—. ¿Qué me contaba el otro día acerca de una pata de mono o algo similar, Morris?

—Nada —dijo el soldado rápidamente—. Al menos, nada que valga la pena escuchar.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

—¿Pata de mono? —preguntó la señora White curiosa.

—Bueno, es lo que se llama magia, tal vez —dijo el sargento mayor bruscamente.

Sus tres oyentes se inclinaron con avidez. Distraídamente, el invitado llevó el vaso vacío hasta sus labios y luego volvió a dejarlo. Su anfitrión lo llenó.

—A simple vista —explicó el sargento mayor, hurgando en sus bolsillos—, es tan solo una pequeña pata momificada.

La sacó del bolsillo y la mostró. La señora White se alejó con una mueca. Su hijo la tomó y examinó con curiosidad.

—¿Y qué tiene de especial? —preguntó el señor White mientras se la sacaba a su hijo y, después de observarla, la apoyaba en la mesa.

—Fue hechizada por un viejo faquir —explicó el sargento mayor—. Un hombre muy santo. Quería demostrar que el destino gobernaba la vida de las personas, y quien interfiriera en él sufriría. Hechizó la pata para que tres hombres distintos dispusieran de tres deseos por haberla conseguido.

Su actitud fue tan seria que sus interlocutores eran conscientes de que la más ligera risa sería inadecuada.

—Y usted, ¿por qué no pide los tres deseos? —preguntó Herbert White.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

El soldado lo miró como suelen mirar las personas de mediana edad a la juventud impertinente.

—Lo hice —respondió en voz baja, y su rostro manchado empalideció.

—¿Y realmente se le cumplieron los deseos? —preguntó la señora White.

—Sí —dijo el sargento mayor. Su vaso chocó contra los fuertes dientes.

—¿Alguien más ha pedido los deseos? —inquirió la anciana.

—El primer hombre alcanzó a pedir sus tres deseos —fue la respuesta—. No sé cuáles fueron los dos primeros, pero el último fue la muerte. Así fue como obtuve la pata.

Su tono era tan grave y serio que produjo silencio.

—Si sus tres deseos ya fueron concedidos, entonces ya no le sirve, Morris —dijo el anciano finalmente—. ¿Para qué la guarda?

El soldado movió la cabeza.

—Curiosidad, supongo —dijo lentamente.

—Si pudiera pedir tres deseos más —cuestionó el anciano mientras lo observaba minuciosamente—, ¿lo haría?

—No lo sé —contestó el sargento—. No lo sé.

Tomó la pata y, sosteniéndola con el índice y el pulgar, la arrojó repentinamente sobre el fuego. White

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

se agachó y la agarró rápidamente con un leve gemido.

—Mejor deje que se queme —exclamó el soldado solemnemente.

—Si usted no la quiere, Morris —dijo el anciano—, démela.

—No —dijo su amigo obstinadamente—. Yo la tiré al fuego. Si la conserva, no me culpe por lo que pueda pasar. Arrójela al fuego otra vez como un hombre sensato.

El anciano negó con la cabeza e inspeccionó



detenidamente su nueva posesión.

—¿Cómo se hace? —preguntó.

—Tómelo en la mano derecha y pida el deseo en voz alta —dijo el sargento mayor—, pero le advierto que habrá consecuencias.

—Parece un cuento de *Las mil y una noches* —dijo la señora White mientras se levantaba y se disponía a preparar todo para la cena—. ¿Y si pides cuatro pares de manos para mí?

Su esposo sacó el talismán del bolsillo y los tres se echaron a reír hasta que el sargento mayor, con una expresión de alarma, lo tomó del brazo.

—Si pide un deseo —le dijo con brusquedad—, pida algo sensato.

El señor White volvió a guardar el talismán en su bolsillo, y tras acomodar las sillas le hizo una seña para que se dirigiera a la mesa. Durante la cena, olvidaron el talismán y después los tres se sentaron y escucharon cautivados otro episodio de las aventuras del soldado en la India.

—Si el cuento de la pata de mono es tan real como las historias que nos ha estado contando —dijo Herbert al cerrar la puerta detrás del invitado, justo a tiempo para que tomara el último tren—, entonces no debemos darle tanta importancia.

—¿Le has dado algo por ella, querido? —preguntó la señora White mirando fijo a su esposo.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

—Una pavada —contestó ruborizándose levemente—. No quería aceptarlo, pero lo obligué. Me siguió presionando para que me deshiciera del talismán.

—Sin duda —dijo Herbert con fingido horror—, seremos ricos y famosos, y felices. Desea ser un emperador, padre. De esta manera, no serás un marido dominado.

Recorrió la mesa con la mirada, perseguido por la maligna señora White armada con una funda para muebles.

El señor White sacó la pata del bolsillo y la inspeccionó con desconfianza.

—No sé qué pedir —dijo lentamente—. Siento que tengo todo lo que quiero.

"—No sé qué pedir. —dijo lentamente—. Siento que tengo todo lo que quiero."



Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

—Si tan solo pudieras pagar la hipoteca de la casa, serías más feliz, ¿no crees? —dijo Herbert con la mano en el hombro de su padre—. Bueno, desea doscientas libras y podrás conseguirlo.

Su padre, sonriendo avergonzado de su propia credulidad, levantó el talismán, mientras su hijo, con la expresión solemne arruinada por un guiño a su madre, se sentó al piano y tocó algunos acordes impactantes.

—Deseo doscientas libras —pronunció claramente el anciano.

Un fuerte estrépito del piano contestó a sus palabras. El señor White dio un grito. Su esposa e hijo corrieron hasta él.

—Se movió —gritó el anciano mientras miraba con disgusto el objeto en el piso—. Cuando estaba pidiendo el deseo, se retorció en mis manos como una serpiente.

—No veo el dinero —dijo su hijo al levantar el talismán del piso y apoyarlo sobre la mesa—. Y apuesto a que nunca lo veré.

—Debe haber sido tu imaginación, querido —dijo su esposa mirándolo ansiosamente.

Negó con la cabeza y dijo:

—No importa. No ha pasado nada, pero aun así me ha dado un gran susto.

Se sentaron cerca del fuego nuevamente,

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

mientras los dos hombres terminaban de fumar sus pipas. Afuera, el viento soplaba más fuerte que nunca, y el anciano se sobresaltó con el golpe de una puerta en el piso de arriba. Un silencio inusual y depresivo se instaló entre los tres y duró hasta que la pareja de ancianos se retiró a dormir.

—Puede que encuentren el dinero en una gran bolsa cerrada en medio de la cama —dijo Herbert, mientras los despedía— y alguna criatura horrible agazapada sobre el armario que los acechará mientras se apoderan del dinero mal habido.

Herbert permaneció sentado solo en la oscuridad, observando el fuego casi extinguido y viendo caras en él. La última cara fue tan horripilante y tan simiesca que no podía dejar de mirarla asombrado. Era tan real que, con una pequeña risa inquieta, buscó sobre la mesa un vaso de agua y tiró el líquido sobre el fuego. Sin querer, tocó la pata de mono. Con un pequeño escalofrío se limpió la mano en su abrigo y se fue a dormir.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



II

En la claridad del sol invernal que se reflejaba sobre la mesa donde estaba el desayuno, Herbert se reía de sus propios temores. Había un aire sano, como era habitual, pero ausente la noche anterior. La pequeña pata seca y sucia yacía sobre el aparador con descuido, signo de la desconfianza en sus virtudes.

—Supongo que todos los soldados viejos son iguales —dijo la señora White—. Qué idea la nuestra la de escuchar semejante tontería. ¿Quién concedería deseos por estos días? Y si sucediera, ¿cómo podrían lastimarte doscientas libras, querido?

—Podrían caer del cielo sobre tu cabeza —dijo el frívolo Herbert.

—Morris dijo que las cosas sucedían con tanta naturalidad —explicó su padre— que podrías atribuirlas a una coincidencia si querías.

—Bueno, no se apoderen del dinero hasta que yo regrese —dijo Herbert mientras se levantaba de la mesa—. Temo que te podrías convertir en un hombre miserable y avaro y tendríamos que repudiarte.

Su madre se rio, lo acompañó hasta la puerta y lo vio alejarse por la calle.

Regresó a la mesa y estaba muy sonriente a costa de la credulidad de su marido. Sin embargo, esto

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

no evitó que corriera hasta la puerta a recibir al cartero y, al descubrir que solo traía la cuenta del sastre, se refiriera de modo cortante a los sargentos mayores con hábitos cuestionables.

—Herbert hará más burlas graciosas cuando vuelva a casa —dijo la anciana mientras se sentaban a la mesa.

—No lo dudo —respondió el señor White—, sin embargo, esa cosa se movió en mi mano; eso lo juro.

—Lo imaginaste —dijo la anciana con dulzura.

—Sé que se movió. No estaba sugestionado; había... ¿qué sucede?

Su esposa no contestó. Estaba atenta a los movimientos misteriosos de un hombre que observaba indeciso la casa, tratando de decidirse a entrar. Con las doscientas libras en la cabeza, advirtió que el extraño estaba bien vestido y lucía un sombrero de copa nuevo. Se detuvo tres veces frente al portón y luego continuó su paso.

La cuarta vez que se detuvo, se dispuso a abrirlo con una resolución repentina y caminó hasta la puerta. La señora White llevó los brazos a su espalda y comenzó a desatar su delantal de cocina, lo escondió debajo del almohadón de la silla.

Dejó entrar al extraño a la sala. El hombre, que parecía nervioso, la miraba furtivamente y escuchaba

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

a la señora White, que pedía disculpas por el desorden de la sala y el abrigo de su marido, una prenda que solo utilizaba para las tareas de jardinería. Esperó tan paciente como pudo a que el extraño mencionara qué lo traía por allí, pero al principio él se mantuvo en silencio.

—Me pidieron que viniera —dijo finalmente, se agachó y quitó un pedacito de algodón de sus pantalones—. Vengo en nombre de Maw & Meggins.

La anciana se sobresaltó:

—¿Qué sucedió? —preguntó sin aliento—. ¿Le ha sucedido algo a Herbert? ¿Qué pasó? ¿Qué pasó?

Su esposo intercedió:

—Tranquila, tranquila, querida —dijo rápidamente—. Toma asiento y no saques conclusiones apresuradas. Estoy seguro de que el señor no trae malas noticias —y miró al extraño con preocupación.

—Lo siento... —comenzó a explicar.

—¿Está herido? —preguntó la madre.

El hombre asintió con la cabeza.

—Malherido —contestó en voz baja—, pero ya no siente dolor.

—Gracias a Dios —exclamó la anciana, juntando sus manos—. Gracias a Dios. Gracias...

Se calló de repente cuando comprendió el significado siniestro de esa aseveración y confirmó lo

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

que temía al ver la expresión de aquel hombre. Recuperó la respiración, se acercó a su marido, que tardó en comprender, y puso las manos frías sobre las de él. Hubo un largo silencio.

—Quedó atrapado en las máquinas —dijo el hombre lentamente en voz baja.

—Atrapado en las máquinas —repitió el señor White anonadado—. Claro.

Se sentó mirando fijo por la ventana, con la mano de su esposa entre las suyas, como solía hacer en los días de novios, hacía casi cuarenta años.

—Era el único que nos quedaba —le dijo el anciano al hombre—. Es difícil.

El hombre tosió, se levantó y caminó hasta la ventana.

—La compañía me ha enviado para expresarles sus condolencias por la gran pérdida —dijo sin mirar a su alrededor—. Les ruego que comprendan que soy tan solo un empleado que cumple órdenes.

No hubo respuesta; la mujer estaba pálida, sus ojos fijos, y su respiración inaudible; el rostro de su esposo tenía la expresión que seguramente habría tenido su amigo el sargento en su primera misión.

—Debo informarles que Maw & Meggins niega toda responsabilidad —procedió el hombre—, pero en consideración por los servicios brindados por su hijo, quiere darles una compensación económica.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



El señor White soltó la mano de su esposa y, poniéndose de pie, miró anonadado con una expresión de horror al visitante. Sus labios secos pronunciaron las palabras:

—¿Cuánto?

—Doscientas libras —fue la respuesta.

Sin oír el grito de su esposa, el anciano gesticuló una débil sonrisa, puso sus brazos como un ciego y cayó desplomado al piso.



Ministerio de Educación de la Ciudad Autotónoma de Buenos Aires.

III

En el inmenso cementerio nuevo, a unas dos millas de distancia, los ancianos enterraron a su hijo muerto y regresaron a la casa perdidos en la oscuridad y el silencio. Sucedió todo tan rápido que al principio casi no podían entenderlo y se mantuvieron en un estado expectante, como si algo más fuera a acontecer, algo que alivianaría este peso, demasiado para el corazón de estos ancianos.

Los días pasaron y la expectativa se convirtió en resignación, la resignación desesperanzada de los viejos, muchas veces mal llamada apatía. En ocasiones, casi no intercambiaban palabras, ya que ahora no había nada de qué hablar y los días eran largos hasta el cansancio.

Una semana más tarde, el anciano despertó en medio de la noche, estiró su mano y se encontró solo. El dormitorio estaba oscuro y se oían sollozos contenidos que venían de la ventana. Se levantó y escuchó.

—Vuelve a la cama —dijo con ternura—. Tomarás frío.

—Hace más frío para mi hijo —respondió la anciana, y comenzó nuevamente a llorar.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

El sonido de su llanto se desvaneció en los oídos de su esposo. La cama estaba tibia, y los ojos se le cerraban de sueño. Se quedó dormido hasta que lo despertó un repentino grito salvaje de su esposa que lo asustó.

—La pata —gritaba desaforadamente—. La pata de mono.

El señor White se levantó alarmado.

—¿Dónde? ¿Dónde está? ¿Qué pasa?

La señora atravesó la habitación a tropezones hasta llegar a él.

—La quiero —dijo en voz baja—. No la has destruido, ¿verdad?

—Está en la sala, sobre la repisa —respondió sorprendido—. ¿Por qué?

La señora White lloraba y se reía al mismo tiempo, e inclinándose le besó las mejillas.

—Lo acabo de pensar —dijo histéricamente—. ¿Cómo no lo pensé antes? ¿Cómo tú no lo has pensado?

—¿Pensar en qué? —preguntó.

—En los otros dos deseos —respondió rápidamente—. Solo hemos pedido uno.

—¿No crees que fue suficiente? —preguntó con dureza.

—No —gritó triunfante—. Pediremos uno más. Baja y tráela rápido, y desea que nuestro hijo vuelva a estar vivo.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

El hombre se sentó erguido en la cama y destapó sus temblorosas piernas.

—Dios mío, estás loca —exclamó horrorizado.

—Búscala —dijo su mujer sin aliento—. Tráela rápido y pide el deseo... Ah, mi niño, mi niño.

El esposo encendió un fósforo y prendió la vela.

—Vuelve a la cama —dijo intranquilo—. No sabes lo que dices.

—Se nos ha concedido el primer deseo —dijo la anciana febrilmente—. ¿Por qué no el segundo?

—Fue una coincidencia —tartamudeó el anciano.

—Ve, búscala y pide el deseo —gritó la anciana, temblando de excitación.

El anciano se volvió, la miró y su voz tembló.

—Hace diez días que está muerto, y además, no quisiera decirte esto, pero solo lo reconocí por su ropa. Si ya en ese momento habría sido horrible que lo vieras, ¿cómo sería ahora?

—Tráelo de vuelta —rogó la anciana, y llevó a su esposo hasta la puerta—. ¿Crees que puedo temerle al niño que crié?

Bajó a oscuras y buscó a tientas el camino a la sala y la repisa de la chimenea. El talismán estaba en su lugar. El miedo horripilante a que el deseo sin pronunciar hiciera aparecer a su hijo mutilado frente a él antes de poder escapar de la habitación lo invadió, y se quedó sin respiración cuando descubrió que

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

había perdido la dirección a la puerta. Con la frente fría de sudor, buscó el camino a la mesa redonda a tientas, y con la mano tanteó la pared hasta llegar al pasillo con el objeto maligno en la mano. Incluso la cara de su esposa parecía cambiada cuando él entró a la habitación. Estaba blanca y expectante, y su mirada no parecía natural, lo que asustó al anciano. Le tuvo miedo.

—Pide el deseo —gritó muy fuerte la señora.

—Es ridículo y perverso —balbuceó él.

—Pide el deseo —repitió su esposa.

El señor White levantó su mano.

—Deseo que mi hijo recobre la vida.

El talismán cayó al piso y el anciano lo miró con espanto. Luego, temblando, se dejó caer en una silla mientras la anciana, con ojos ardientes, se dirigió a la ventana y levantó la persiana.

Él permaneció sentado hasta que se sintió congelado por el frío, mirando ocasionalmente la figura de la anciana que espiaba por la ventana. El final de la vela, que se había consumido hasta el borde del candelero de porcelana, proyectaba sombras oscilantes en el techo y en las paredes, hasta que con un parpadeo mayor que los demás, se apagó. El anciano volvió a la cama con una sensación de alivio ante el fracaso del talismán. Un minuto o dos más tarde, la anciana se dirigió silenciosa y apáticamente a su lado.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Ninguno habló, pero los dos permanecieron recostados en silencio escuchando el latido del reloj. Crujió un escalón y un ratón chillón se escabulló en la pared. La oscuridad era agobiante, y después de varios minutos recostado y armándose de valor, el esposo tomó la caja de fósforos, encendió uno y bajó a buscar una vela. Al pie de la escalera, el fósforo se apagó y el señor White encendió otro. Al mismo tiempo, se escuchó un golpe tranquilo y sigiloso, casi imperceptible, en la puerta.

Los fósforos se cayeron de su mano. Permaneció inmóvil, su respiración interrumpida hasta que el golpe se repitió. Se dio vuelta, corrió hacia su dormitorio y cerró la puerta detrás de él. Un tercer golpe retumbó en la casa.

—¿Qué es eso? —exclamó la anciana.

—Una rata —dijo el anciano con voz temblorosa—. Una rata. La encontré en las escaleras.

Su esposa se sentó en la cama para escuchar. Un golpe fuerte resonó en la casa.

—¡Es Herbert! —gritó la mujer—. ¡Es Herbert!

Corrió a la puerta, pero su esposo estaba enfrente y agarrándola del brazo, la sujetó fuertemente.

—¿Qué vas a hacer? —susurró con voz ronca.

—¡Es mi niño, es Herbert! —gritó luchando para soltarse —. Olvidé que estaba a dos millas. ¿Para qué me sostienes? Déjame ir. Debo abrir la puerta.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



—Por Dios, no lo dejes entrar —exclamó temblando el anciano.

—Tienes miedo de tu propio hijo — exclamó la mujer—. Déjame ir. Ya voy, Herbert. Ya voy.

Hubo otro golpe, y otro más. La anciana se soltó con un tirón y corrió fuera del dormitorio. El esposo la siguió hasta el descanso, y la llamó suplicándole mientras ella corría por las escaleras. El señor White oyó el ruido de la cadena y del cerrojo. Luego, la voz tensa y agitada de la anciana.

—El cerrojo —gritó en voz alta—. Ven. No puedo alcanzarlo.

Pero su esposo tanteaba desesperadamente el piso en busca de la pata. Si solo pudiera encontrarla antes de que esa cosa lograse entrar. Una descarga perfecta de golpes retumbaba en toda la casa, y oyó el chirrido de una silla que su esposa colocó contra la puerta. Oyó el crujido del cerrojo al abrirse y al mismo tiempo encontró la pata de mono. Desesperadamente, expresó su tercer y último deseo.

Los golpes cesaron de repente, aunque el eco todavía se sentía en la casa. Oyó la silla que se movía y la puerta que se abría. Una ráfaga de viento frío corrió por las escaleras, y el fuerte y largo lamento de desilusión e infelicidad de su esposa le dio coraje para correr hacia ella y después hacia el portón. Las luces de la calle reflejaban el tranquilo y desierto camino.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.


Buenos
Aires
Ciudad